

TIEMPOS MODERNOS

Colaboración del c. Juan Vargas

La vida de la ciudad; calles pavimentadas, carros lujosos, radios, música por todas partes. hasta en los barrios pobres como si en ellos hubiera alegría; calles iluminadas, repletas de transeúntes que comentan los negocios; la venta del dólar, juergas en la noche, la misa y el paseo del domingo.

Entre tanto ¿qué pasa en el campo? El pequeño propietario con su finquita casi siempre hipotecada y el que no, como si también la tuviera comprometida; levantarse a las cuatro de la mañana la mujer a hacer el almuerzo para el marido que va a trabajar lejos; el hombre a afilar el machete o el hacha o la pala. Y a las seis va al camino de un trabajo y ella se dispone a hacer frente a la tarea del día: cuidar los animales y los chiquillos; echar maíz a las gallinas, guineos a los chanchos, moler las tortillas, ir a lavar al río o a la quebrada, preparar el arroz y los frijoles; mientras ella anda en el río, los chiquillos se pelean, las gallinas se meten en la cocina y riegan algo, el chanchito se sale del chiquero. Al final del día la pobre mujer bien cansada, con la única perspectiva de que al día siguiente le espera más o menos la misma tarea, esa tarea que uno nunca, nunca, que es como si nada se hubiera hecho.

Y el hombre en su trabajo. Desde las seis dándole al machete, a la pala o a la hacha. A las nueve de la mañana se sienta en la ronda, debajo de un palo, des-

convuelve el almuerzo, se medio limpia la tierra y el sudor de las manos en cualquiera hoja, hace con la tortilla tiesa un gallo de frijoles sin manteca, lo baja con tragos de agua dulce que trae en una media botella y otra vez a doblarse a trabajar. Un colón cincuenta al día y al final de la semana no siempre el salario completo: un peón dice que sólo va a recibir veinte reales porque tuvo que pedir adelantado pues los chiquillos se le enfermaron y hubo que comprar medicinas; otro dice que va a recibir los nueve pesos completos, pero que con eso apenas tiene para empezar pues los frijoles están a tres colones, el maíz a peso, el dulce a ochenta, la manteca a uno treinta, el café revuelto con maíz a sesenta, las papas a peso.

Y así pasan las semanas, los meses y los años. El dueño de una finquita saca fiado en la pulpería lo mismo que el que no tiene nada. Para pagar al pulpero espera que venga la cosecha que no siempre le resulta en la medida de sus esperanzas. Nuestro pequeño agricultor cultiva a menudo lo que no debería de cultivar: no tiene quien le aconseje; las revistas de agricultura son caras y además el campesino que medio aprendió a leer en la escuela, no tiene tiempo de coger un libro ni un periódico, pues cuando vuelve del trabajo no está para papeles impresos y así va olvidando lo que aprendió. Luego la

Pasa a la 6a. página

ANILY PARA LIRA

BUENOS Y MALOS TIEMPOS

La Caballeriza

Un corto y ancho pasadizo, empedrado de chinás relucientes, daba acceso a la cuadra, instalada en el corral de la casa. Entrando en él, una tufarada en que se mezclaban cándidos olores de hierba y de bestia, envolvía al visitante. En la cuadra, humedad y relichos. Hasta veinte pesebreras continuamente repletas de forraje: pasto picado para las bestias de alquiler, humildes animales; caña dulce, maíz, afrecho, para los caballos de cuidado: el potrero de don Jenaro, la yegua trisalva de don Ulloa, los potros de los muchachos, el alazán tostado de don Nicasio, el dueño de la caballeriza, y la yegua mansa de la señora y de los niños. Aparte estaban los pesebres de las vacas y de los terneros.

En medio del corral, bajo un cobertizo, la máquina de picar pasto y caña, con su rueda de navajas relucientes con su polea sin fin movida siempre por dos caballejos, inútiles ya para la silla, sofocada bajo un monte de hierba; el yunque, el banco y la fragua, con su enorme fuelle resoplante, que constituían el equipo de la pe-

En el número anterior publicamos un trabajo del compañero Carlos Luis Sáenz titulado «La Casa Patriarcal». En éste publicamos «La Caballeriza». Ambos trabajos constituyen las dos primeras partes de un estudio que de manera amena se propone realizar Carlos Luis, de los buenos tiempos de Costa Rica. Luego en la misma forma hará un estudio de los tiempos malos.

Los lectores de TRABAJO tendrán oportunidad de realizar un agradable recorrido de nuestra trayectoria social y de explicarse muchos fenómenos que vistos aisladamente resultan raros y absurdos.

queña herrería, dedicada, con exclusión, a la obra de ferrar cascos de solpedos.

Por entonces carretas y caballos eran los medios de transportes más socorridos y don Nicasio había encontrado en el alquiler de cabalgaduras, una bonita industria. En la caballeriza, miércoles y sábados, eran los días de más ajetreo. Y cada cuatro años, por la época de las campañas políticas, aumentaba el oficio, ya que para tales días se necesitaban muchas bestias.

Los miércoles, días de plaza de ganado, los ganaderos venían, a alquilar caballos o a dejar los suyos pastando mientras hacían sus negocios en la feria de novillos.

Cuando se acercaban las campañas políticas, don Nicasio remontaba su tropilla. Generalmente, haciendo tratos con los cambalacheros, adquiría rocines llenos de mañas y mataduras; rocines tuertos, rencos, insensibles a la espuela, duros de freno; rocines de esos que se paran en los corredores de todas las pulperías de los pueblos y que se quieren meter, de seosos de pasto y de descanso, en todos los portones de los potreros orillados a los caminos; caballejos a los que el jinete jamás logró sacarles un pasitrote cómodo y que caminan tumbando y tropicando al compás de sus largos cuellos, medio derribados hacia un lado. Más, para la política, ¿que no hay bueno?, y don Nicasio conocía bien su negocio.

Esto no quiere decir que no tuviera buenas monturas para sus clientes; no, de ningún modo, que ahí estaba esa yeguita baya, andadora como ella sola; y el overo y los dos retintos, que necesitaban jinetes de piernas firmes y los dos moros que tenían un paso bueno hasta para señoritas. «En este moro, vea si tiene buen paso, bajó del monte un día antes de alumbrar; la mujer del mandador de los Herreras... y pregúntele a ver si siquiera sintió un dolor en todo el

viaje, y esto que era en Octubre y los caminos se ponen como el jabón».

Allí estaban sus caballos propios, los que no cedía sino en contadas ocasiones y siempre como un favor personal. En su alazán tostado montó, de candidato, un presidente de la República, para hacer sus jiras políticas por la provincia. Don Nicasio acariciábale el cuello o las ancas o le alzaba una pata, tomándola por la elegante caña y doblándosela por la cuartilla para mostrar el duro y fino casco bien herrado.

Don Nicasio sabía a quien le podía alquilar sus buenas cabalgaduras y a quien no. El mismo encillaba al animal, revisaba cuidadosamente la cincha, el freno, la gruperá: alargaba o cortaba las fajas de los estribos, daba al jinete algunos informes acerca del temperamento del animal y siempre terminaba rogando se le diera agua y forraje al caballo y que no se le corriera sin necesidad.

Los oficios de la caballeriza daban trabajo a varios hombres: un carretero ocupado en acarrear pasto; varias veces al día, la carreta llena de hierba hasta mas arriba de los paralelos, entraba por el pasadizo dando barquinazos escandalosos de dos o tres mozos encargados de forrajear las bestias, de bañarlas, de pisarles la rasqueta, de recortarles las crines de cuellos y colas; uno de estos mozos entreteñía sus ocios tejiendo curiosos anillos con crisis de diversos colores; el herrero y su ayudante y un arriero encargado de llevar y traer la tropilla de caballos, vacas y terneros, al encierro, un potrero cercano a la ciudad, propiedad de don Nicasio.

Dos recuerdos infantiles colorean de luces indelebles la famosa cuadra: el de los gitanos y el de los caballitos de los Reyes Magos.

Un día llegó a la ciudad una tribu de gitanos y se instaló, junto con sus animales en la cuadra que, des-

de ese momento fue sitio de peregrinación, para todos los curiosos, especialmente para los chicos.

Por entonces las leyes de inmigración eran amplísimas y como el país nadaba en la abundancia, no importaba que saltimbanquis y gitanos ambulaban por toda la República, cosechando buenas monedas a cambio del divertimento que procuraban al pueblo. Aquella tribu de gitanos no se ensiforeó de la cuadra, era numerosa: hombres, mujeres, niños; todas las mozas usaban pantalones y montaban a caballo como los hombres; cosa que era entonces una novedad; los varones usaban cabellos largos como las mujeres y de aquí resultaron trueques curiosos en el reconocimiento de los sevos.

Unos negociaban vendiendo y comprando caballos, que era su principal negocio; otros divertían por las calles bailando sus osos y sus monos; y otros recorrían la población remescando ollas y peroles y echando la suerte leída en las líneas de las manos.

A pesar del miedo que les teníamos, los chicos, pues en nuestras casas los mayores nos decían que los gitanos robaban niños, nos faltaban ojos y tiempo para curiosarlos en sus personas y en sus ocupaciones.

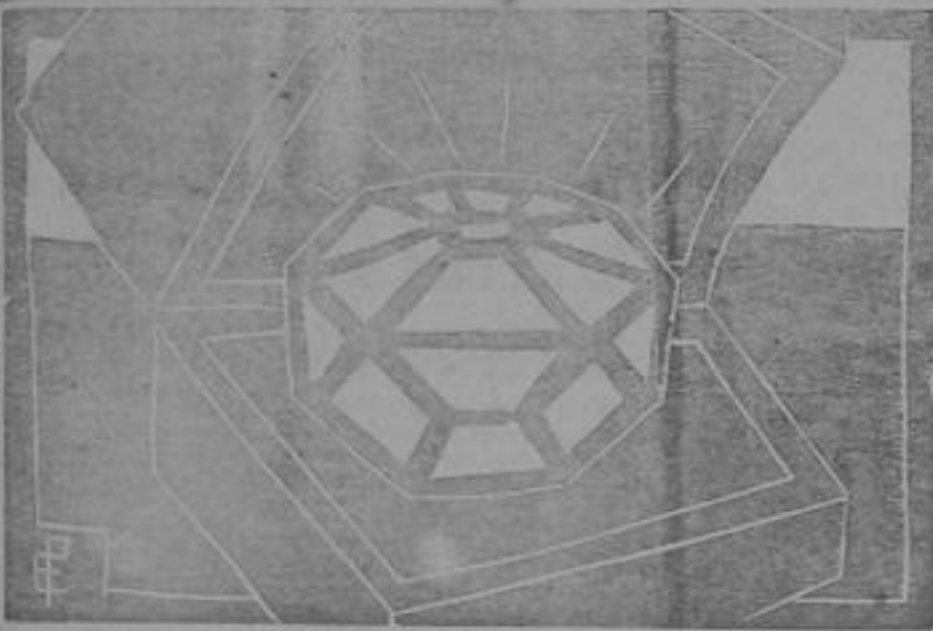
Lo que más nos admiraba eran los bailes de los osos y de los monos. En una esquina cualquiera se detenían el sucio gitano y su oso; el pesado animal era conducido por el amo que tiraba de una cadena férrea enganchada en el bozal; la chiquillería lo rodeaba; salían a verlo los barberos de la barbería cercana, los dependientes de las tiendas, los señores y las señoritas de las casas vecinas; el gitano hacía que la bestia se alzara sobre las patas posteriores, animándolas con voces extrañas y amenazándolo con una larga vara. El oso gruñía, gruñía, en un amargo de furias impotentes y luego erguido en su desmazelada actitud iniciaba un brinco que quería decir danza acompañada al ritmo del pandero del gitano que repetía con tristezas tam, tam, tam, monótono, al mismo tiempo que el gitano cantaba en una lengua de remotos misterios.

Terminada la danza y la canturía, el oso caía pesadamente sobre sus cuatro peludas extremidades y el gitano presentaba a la rueda de curiosos su pandero, donde tintencaban cinco, diez, pesetas; y, pausadamente, se marchaba a otra esquina, siempre seguido por la insana

Pasa a la 6a. página

El "Gran Mogol" De la Cultura Burguesa

Madera de Emilia Prieto



Eso de la Cultura por la Cultura es el estado vicioso sistemático de la decadencia. Produce un efecto social soporífero y enervante como el furore una droga estupefaciente. La cultura es vital cuando las diversas manifestaciones del conocimiento se dirigen hacia la solución del problema humano y marcan un efectivo progreso. Pero cuando la cultura busca el fin en sí misma sin plan, ni camino, propósito evaluativo, más se adelanta sino que más bien se atrasa. Entonces las culturas degeneran.

El social conflictivo, español

comprobo estas consideraciones. La Religión, por ejemplo, perdida en la esterilidad de sus dogmas, sus ritos y el aparato escénico de sus ceremonias, se ha quedado sin lo que es la verdadera esencia del Cristianismo. Por eso el pueblo huyó de los templos como lo ha dicho el Presbítero D. Juan García Morales. La religión no es pared de templo, ni anillo de obispo, ni agua bendita sino ante todo espíritu —y el más difícil de realizar que es el espíritu de profinidad. Pero olvidados de esto venimos al Clero y a las personas que se creen «cultas» con la causa de los caudales y los cavernícolas,

de los que se lanzaron a una empresa injusta y bárbara que no pudo tener mística alguna así como los rebeldes no tienen Pasiónaria.

Esto del hombre «culto» porque sabe repetir conceptos de segunda y tercera mano es una remora. Nos quedamos con los «rusticos poseedores» que confundieron el fetiche y a los Doctores de la Ley.

La Cultura gastada como el Gran Diamante en un joyel destinado a abrirse con prosopopeya para hacer pedantezca exhibición en determinadas ocasiones, brilla y es ostentosa pero se alumbra.